

## EL OCRE DE NUESTRO PUEBLO

**Pablo Ruiz Martín**

Lorenzo seguía golpeando la barrena con toda su fuerza, apurando el escaso tramo que le quedaba hasta dejar un hoyo bien profundo. Finalmente, suelta el martillo y la barrena, se sienta, exhausto, y me dice jadeando.

- ¿Ves Pascualín? Solo hay que saber perseverar, nomás.

Estaba más cansado de lo que le hubiese gustado reconocer delante de su novel hermano. Había unos treinta y seis grados allí abajo y mi hermano estaba completamente empapado, tenía los poros de su piel al descubierto, y el gorro, pese a sus pocos años en la mina, le seguía quedando algo grande.

- Ahorita viene la parte más difícil. Con mucho cuidadito tenemos que introducir la *tronadora*. ¿Me escuchaste? Mucho cuidadito, sí, porque como se te descuide puede detonar.

- Si hermano -le dije.

Lorenzo estaba muy nervioso, no sé si porque me estaba enseñando, o porque era nuestro primer día en Candelaria.

Habíamos llegado a la bocamina a las siete de aquella mañana, el sol ya coloreaba la espalda de *La Montaña* con su matinal color sangre. Candelaria, estaba más alta que Rosario, donde había trabajado papá. Desde aquí se podía ver el gran yermo que rodeaba a Potosí, un desierto arenisco y gris, que se extendía entre las inhóspitas llanuras andinas, manchado con una neblina matinal feroz e infecta. En cambio, la ciudad se veía como un pequeño poblado inundado por un mar de tejas granates, donde algunas iglesias blancas y barrocas, fósiles de alguna prosperidad, como escollos, se erigían coronadas con la insignia de Jesús entre ese piélago de miseria.

El jefe Fuljo nos esperaba allí. Al ser el primer día de ambos, nos dijeron que llegásemos con el albor del día, un poco después que el resto de mineros. No nos saludó, ni se interesó por nuestros nombres, sencillamente preguntó si teníamos alguna experiencia. Raudamente Lorenzo le dijo que sí, había estado ya cuatro años en Rosario, primero como atajador y luego como barrenador, era algo de lo que un chico sí podía sentirse orgulloso aquí arriba. El jefe Fuljo nos dijo entonces:

- *Wa chatos*, pues ya tienen *pega* para su primer día. Ya mañana les diré otra cosa según cómo lo hagan hoy. ¡A la *chingana* nomás!

Entramos en las *chinganas*. Yo ya había ayudado a papá como atajador de más chico, pero nunca había sido barrenador, de hecho, no creo que tuviese la suficiente fuerza para hacerlo. Mi hermano me dijo que no tuviese miedo, que si hacía lo que él me decía no me pasaría

nada, que la mina es muy peligrosa, pero que si eres bueno, le das muchas ofrendas a *El Tío* aquí dentro, y rezas mucho a Jesús allí fuera, no te pasará nada. Tardamos una hora en bajar hasta las galerías más profundas. Había tramos difíciles, muy angostos o con profundas simas que debíamos bajar entre escalones naturales que *La Montaña* había provisto para los mineros. Yo soy bajito, y mi hermano algo más alto, pero no como un adulto, y a ambos nos costaba mucho alcanzar algunos salientes de la roca. El vértigo junto con el ahogamiento entre cuevas tan estrechas, el polvo y el calor asfixiante me aterrorizaron del todo.

En realidad, yo no entré con miedo, siempre supe que mi destino era la mina, no deja de ser el de todos nosotros. Además, cuando mi hermano empezó a bajar fui perdiéndole poco a poco el pavor que siempre le tuve. Pero cuando entré a Candelaria fue diferente. Era un hormiguero inmenso que recorría todo el esqueleto de *La Montaña*. Al menos mil hombres merodeaban allí abajo, todos tan rudos y fuertes, como sucios y maltrechos. Yo seguí a Lorenzo, aunque estaba casi tan cohibido como yo, pero como hermano mayor, se hacía cargo de ambos con increíble denuedo. Di gracias a *El Tío*, una vez más, por ese hermano siempre tan protector.

En cuanto llegamos al banco, un barrenador, que debía ser el *colero*, nos indicó los puntos donde debíamos perforar. Nos señaló, casi al azar, un punto cualquiera en ese mar de roca viva que nos sitiaba. Si a este *chapaco* le hubiese visto fuera de *La Montaña*, habría jurado que ya contaba sus 55 inviernos, pero aquí abajo había que restar unas dos décadas si decidías fechar a un minero por su envejecimiento. Alrededor había otros seis barrenadores, la mayoría tendrían entre 25 y 30 años. Todos se acercaron a saludarnos. A decir verdad, fueron bastante agradables con nosotros, lo más que puede serlo un habitante del infierno.

La destreza con la que mi hermano introducía la *tronadora* en el orificio de esa ciclópea muralla me arrancó de mis cavilaciones. La *tenete* de ese cochambroso explosivo era muy sensible a explotar en los

momentos más inoportunos. Por eso, nunca estaba de más un extenuado recordatorio sobre la inmensa precaución a la hora de manipular estos enormes petardos. Accidentes de este tipo siguen provocando la mayor parte de las tragedias que regularmente suceden aquí dentro.

- Ya metí la *tronadora* -dijo mi hermano-. Si no lo haces con cuidado puede explotar en tu carita de bobo y dejarte *chuto*. ¿Entendiste? Eso espero, Pascualín. Ahora voy a preguntarle al señor *colero* si la encendemos ahora.

- Creo que lo entendí.

- ¡Ya te oí, *pelao!*- dijo el *colero*, mientras desprendía una sonrisa.

- ¡Y no, deja esa *tronadora* así! Lo hiciste bien chango, ya la encenderemos luego. Váyanse y tómense una *hora de aculli*.

Salimos del banco y nos dirigimos a *El Tío* que habíamos visto antes, desandamos durante unos minutos el angosto camino que habíamos seguido entre maderos envejecidos, hasta que encontramos el ídolo. Nos sentamos hombro con hombro. Lorenzo sacó un saquito de hojas de coca, cogió tres y las depositó en el altar de *El Tío*.

Frente a nosotros se erguía una estatua de mi altura, hecha con agrietados barros de granate perenne. Su cara se componía de dos oscuras y profundas cuencas que culminaban en dos atroces ojos rojos. Una raja rellena de pequeñas rocas eran sus fauces, y sobre ellas sobresalía un hocico negro como el hollín. Sus orejas eran como de chivo y sobre su cabeza se erigían tenebrosos cuernos de barro oscuro. Ya había visto muchos de estos humanoides, y con mi padre y mi hermano les habíamos ofrecido coca y chicha. Ya entonces me sentí inquieto, pero esta vez se me hizo un nudo en la garganta al encontrarme solo con mi hermano, en un punto perdido del laberinto de la Candelaria y delante de semejante horror. Era Satanás, el rey de las profundidades,

donde ahora nos encontrábamos. El padre Ramiro ya me advirtió multitud de veces sobre ese credo oscuro que los mineros profesan en las cavernas. Si les soy sincero, estaba completamente aterrorizado, tanto que mi hermano lo notó.

- ¿Le tienes miedo hermanito? Sí, se te nota –dijo en tono sosegado-. Lo entiendo, yo también le tuve mucho miedo, de hecho la primera vez que bajé con padre casi me orino en los pantalones. A padre no le gustaba, decía que Dios no llegaba a las profundidades, que su protección no entraba dentro de *La Montaña*. Y si Jesús no puede protegernos aquí, debemos contentar a *El Tío*, porque si no derrumbará encima de ti las paredes o el polvo te consumirá pronto, y entonces el Diablo te comerá el alma. Allá afuera debemos rezar a Jesús y pedir que nos perdone, pero acá debemos dar las ofrendas a él.

- Lo sé Lorenzo –le dije-, intentaré que no me asuste tanto, pero no tengo tanto *ñeque* como tú.

- Tranquilo Pascualín –me susurró mientras me envolvía con sus brazos-. La mina puede ser un lugar muy peligroso, pero aquí abajo siempre estaré contigo, y no nos pasará nada malo. Te lo prometo hermanito.

Nos quedamos quietos durante unos minutos, contemplando abrazados el tétrico rostro de esa diabólica deidad. De la bolsita de mi hermano sacamos hojas y las empezamos a mascar. La coca me resulta amarga, pero calma el cuerpo y los pensamientos.

Unas pisadas lejanas rompieron el silencio repentinamente. Era el *colero*, que se acercó a la efigie y depositó su ofrenda.

- Os andaba buscando, changos. Anda que os marchasteis lejos. Nosotros solemos mascar el acullico en la parte anterior de la *chingana* en la que trabajamos.

- Lo siento, jefe, no sabíamos dónde era –dijo mi hermano medio asustado-.

- ¡Chango, deja esa *chapada* de palabradas! no soy jefe de nada ni de nadie ¿oíste? Como todos los que vivimos de esta cueva inmundada –nos dijo con voz acalorada, antes de lanzar una inesperada carcajada-. Me van a permitir que me siente, si no se han enojado aún conmigo.

- No... eh, señor compañero, siéntese, claro.

- Llámame Sabino. Bueno, así me llaman nomás, Sabino Duarte.

- Si, perdone, señor Sabino –mi hermano estaba muy nervioso, pero terco como sólo podía ser Lorenzo, insistió en entablar una relación con el que, aunque lo negase, no dejaba de ser nuestro jefe-. ¿Quiere morfar alguna hoja?

- Tranquilo chango, ya masqué antes. Lo que yo necesito ahora es un buen *guariñaqui* –decía mientras sacaba una pequeña botella de chicha con canela. Tomó un buen trago y nos ofreció de su brebaje.

Lorenzo lo negó por los dos.

Era un hombre chato y delgado, pero de hombros anchos y con vestigios de una perdida musculatura. Tenía la faz infestada de dobleces y durezas por igual. Un cabello oscuro como la gruta en la que trabajaba. Pocos bolivianos pueden morir peinando canas, obviamente, un minero menos. La coca había dejado su huella como una cicatriz de guerra: mejillas hinchadas y una dentadura desierta, cuyos pocos supervivientes ostentaban un resplandor característico de las bocas de aquellos que mascan tanto como trabajan. Los años le pesaban como galones. El polvo inhalado durante años había marchitado el desecho cuerpo de este monumento al dolor. La silicosis le generaba una honda tos, y le oscurecía las uñas en el mejor de los casos, pues la mayoría de estas se las veía resquebrajadas o a medio caer. A los mineros del Potosí

se les conocen como *hombres azules* por el tono de la piel que la silicosis en sus altos estadios provoca a los habitantes de *La Montaña*. Sabino no era una excepción, la piel de sus brazos y la de sus sienes denotaban un tinte azulón sucio. Lo más probable es que no tuviese más de cuarenta años, pero a ojos de alguien ajeno al Potosí, podría aparentar más de setenta.

- Bueno, changuitos, en unos minutos deberíamos volver a la *chingana* a encender vuestra *tronadora*; pero es vuestro primer día en Candelaria, y a mí me gusta conocer a mis nuevos compañeros. Así que si no les importa compartir la hora del acolli conmigo, conversaré un rato con ustedes.

- Claro, señor Sabino.

- Bueno, yo ya dije como me llaman, ahorita les toca a ustedes ¿Quiénes son? ¿Cuáles son sus nombres? ¿y con qué edad están entrando a *La Montaña*?

- Yo soy Lorenzo Cabrera, tengo 16 años, pero yo ya entré a *La Montaña* desde la bocamina de Rosario hace cuatro años. Y mi hermano es...

- Chango, seguro que el *pelao* agradece tus ganas por hablar por él, pero aún no escuche su voz. Déjale que me diga cuál es su nombre.

- Yo soy Pascual –dije muy inquieto- Pascual Cabrera. Mi hermano y mi madre me llaman Pascualín. Tengo 13 años. Y hoy es la primera vez que trabajo de barrenador.

- He de reconocer que no es el peor hoyo que he visto, Pascualín; si con trece añitos ya haces esto, algún día llegarás a ser un perforista *pintudo* –dijo Sabino antes de darle otro sorbo a la botella. Era un hombre hosco y feo, su voz estaba rascada e intermitentemente era atacada por una lánquida tos. Pero se portaba muy bien con nosotros,

pues parecía tener un delicioso interés tanto por conocer a los nuevos reclutas de *La Montaña*, como de mostrarnos sus enseñanzas-.

- ¿Y ustedes, bajaron a la escuela alguna vez? –siguió preguntando el veterano-.

- Yo no tuve la ocasión, ayudaba a los compañeros *kaccha* de mi difunto padre como atajador –dijo mi hermano-.

En Potosí era muy frecuente que los mineros se aliaran en grupos para explotar una bocamina y así hacer frente a las exigencias del patrón. El sistema de *kaccha* implicaba que la recogida de cada día era compartida por todos, pero un tercio de la vetas se las llevaba el propietario.

- A los doce ya entré como abajador y luego como barrenero en Rosario. Seguramente si mi padre no hubiese muerto tan prematuro algo de escuela podría haber visto. Pero nunca tuve especial interés. Quiero decir, me hubiese gustado poder haber ido, claro, sí, es claro que sí. Pero todos acabamos tarde o temprano aquí abajo y solo un bobo lo puede dudar, nomás –terminó mi hermano-.

- ¿Cómo devoró a tu padre?

- Nuestro padre era Cesar Cabrera, y con 34 años el atiz que sujetaba el techo restalló con el impacto la *tenete* de una *tronadora* lejana – dijo mi hermano con voz tenue y al borde de la emoción-.

Mi hermano sólo tenía 14 años cuando vio que una avalancha de roca cerraba la *chingana* con nuestro padre debajo. Retiraron el cuerpo y lo apartaron del banco. Cuando recompusieron el enmaderamiento siguieron trabajando y sólo hasta las nueve de la noche, a la hora de salir, recogieron el cuerpo y lo sacaron de *La Montaña*. El anonimato y la rutina son los primeros ritos fúnebres que experimentan los hombres que *La Montaña* devora. Cómo mártires que son en la vida y en la



muerte, siempre hay que anteponer la perforación a la humanidad, o la veta antes que al amor.

Mi hermano estaba muy apegado a nuestro padre, él le había sacado de los brazos de mamá con 9 años, había sido su maestro en la mina. Gracias a él lo sabía todo sobre la barrena. A mí en cambio siempre me tuvo más inquina, quizá porque prefería a mi madre. Quizá porque iba con mi madre cuando él llegaba *choborra* a casa, directo a por ella. Quizá porque cuando la propinaba manazos no podía dormir. Yo lamenté su muerte con lágrimas, no dejaba de ser mi padre, pero nunca le quise como tal.

Era cierto que yo prefería a mi madre. Consuelo se llama, es una potosina grande y ajada tras dos hijos y dos abortos. Es cariñosa y guapa. Mientras padre y Lorenzo estaban allá en la mina, ella se encargaba de traer todo a casa y hacía una rica comida para lo poco que cosechábamos abajo en la ciudad, siempre que no estuviésemos *yescas*. A veces bajaba por la noche a la mina a perforar. Aquí no gusta decir que las mujeres van a la mina, pero multitud de ellas lo hacen por la noche, siempre separadas de los hombres.

Muchas veces, cuando aún era pequeño y esperábamos a que *La Montaña* escupiese a los mineros, me sentaba en su regazo y mientras contemplábamos los confines del altiplano me cantaba canciones andinas. Eran momentos mágicos, en los que el tiempo se detenía, momentos donde el tiempo ni si quiera existía. Me hacía imaginar mundos olvidados, cuando el canto del quechua regaba las mesetas y los valles, cuando el altivo cóndor devoraba el sol inca, cuando los colores del indígena acariciaban los vientos de la América, cuando el correr de los guanacos volteaba las mandiocas de la estepa, cuando el aymara ponía nombre a las *montañas que iluminan*, cuando las grandes aves dibujaban el cielo con sus plumas entre las cimas nevadas, cuando las melodías de zampoñas, bandurrias y tambores coloreaban el pecho de los Andes, cuando los pueblos de los bosques y las alturas celebraban la vida por la Pachamama.

- Imagino que ya sabrán cómo funciona toda esta *macana* vida – dijo Sabino-. En Oruro dicen que los *chapacos* saludamos a la muerte una vez al día, y no se equivocan. Si no te devora hoy, puede ser otra cosa. La coca te previene contra la sed, el hambre y la fatiga, pero poco a poco te va convirtiendo en un *lebudo*, te rompe la cabeza, te ensancha la cara, te rompe los dientes. Sin coca no podríamos bajar aquí abajo, nos sería imposible respirar, y aguantar tanto aquí. Pero nos marca una caducidad bien temprana. Hace ya tiempo que aprendí a morfar menos hojas, para que al menos cuando llegue el día de irme con *El Tío*, sea con la mente limpia y *lúmina*.

"Oh, bueno, también está la condenada silicosis, es asquerosa – siguió Sabino-. Años y años chupando el pucho polvo este, te acaba pudriendo los pulmones y te hace un arenero dentro de ellos -detuvo sus frases durante unos segundos, se recostó mejor en el muro que nos rodeaba y mirando a *El Tío* dijo- debe quererme mucho ese engendro de adelante, pues me ha sobrevivido demasiado- soltó estirando una sonrisa desdentada-. Pero es claro que mi hora se acerca changos, siento que el fuelle de mis pulmones se frena, no tengo apetito, y mi piel se azula."

"¿Es chistoso no creen? *La Montaña* no nos mata, sino que se mete dentro de nosotros, sí, las chicas partículas de polvo de *La Montaña* se introducen dentro de nosotros y nos consumen hasta hacernos parte de ella."

Nunca dejará de sorprenderme la forma en que los viejos mineros contemplan la muerte, no solo no la temen, sino que es el único momento en que se les puede ver con algo de prepotencia. Una vida dedicada a la humildad y al silencio, y sin embargo, es en sus últimos días cuando esta raza de esclavos se atreve a mirar con la mayor de las arrogancias a la diosa parca. Sabino era de esa clase de ancianos, que miraban su final con humor e incluso con cierta gana, una especie de académica curiosidad por comprobar si tanta tortura valió la pena.

- ¿Y usted señor Sabino? ¿Cuánto lleva aquí abajo? Si no es muy indiscreto –preguntó mi hermano-.

- No lo es, Lorenzo. Yo entré con la edad de tu hermano Pascual, desde la bocamina de Cursela, al este de la Candelaria. Entonces sólo empujaba vagones a la superficie, pero ya *El Tío* decidió quitarme tres dedos de los pies –dijo mientras se apretaba la calza izquierda-. Y aquí llevo casi diecinueve años. Diecinueve años aquí dentro changos, sacando barrenas y metiendo *tronadoras*. Antes trabajaba entre 14 y 16 horas al día. Ahora mi cuerpo no me deja superar las doce. También tenía otros pulmones, la coca aún me dejaba pensar con claridad y eran otros tiempos, cada semana podías sacar casi tres vetas.

- He oído que en el pueblo dicen que *La Montaña* resistirá todavía 200 años más.

- Eso es una pucha mierda y una majadería, Lorenzo. *La Montaña* se hunde, cada día la cima cae algo más. ¡Qué bobada! El condenado Cerro Rico de Potosí es un cascara vacía. “*La Montaña que devora hombres*” está hueca, y el peso del Cerro se sostiene por unas pocas maderas combadas y roídas por siglos. El día que se venga abajo devorará también a la ciudad, entonces esos *gilis* ya podrán explotar la cagada de *colquín* y *pusas* que les queden. Yo estaré pudriéndome con el capataz de las profundidades.

Sin duda Sabino era un hombre sabio y exaltado. Había dedicado su vida a destripar a un gigante rojo, había confiado sus energías y anhelos en los pozos, y los conocía mejor que a sí mismo. El Cerro Rico de Potosí, es conocido por sus habitantes como “*La Montaña que devora hombres*”. Ese titán rosáceo que se yergue 4.700 metros suele llevarse a tres potosinos a la semana, ya sea una muerte por fatiga o por derrumbamiento.

- Soy un *gargantudo*, no me hagan caso, son las divagaciones de un viejo enfermo.

- No, señor Sabino –dijo mi hermano- creo que a ambos nos agradan sus historias.

- Los jóvenes mineros no deberían conocer la amargura de los viejos –había dejado su botella a un lado. Saco su bolsa de coca y se preparó un *acullico* para mascar- para ustedes lo que más debe importarles aquí dentro es *El Tío*. Esta figura es la expresión más sincera de la vida de *los hombres azules*. Trabajamos para vivir en los lugares que nos devoran. Para trabajar mascamos sustancias que nos pudren. Extraemos los mejores minerales de la América para que los blanquitos del norte nos las roben. Pero cuando miras a los ojos a este monstruo no puedes evitar verte reflejado en sus luces.

- Yo prefiero rezar a Jesús en la iglesia, señor Sabino –dije casi sin darme cuenta-.

- Mira Pascualín, ¿sabes por qué los potosinos somos los mejores mineros del mundo?

- Porque somos lo más fuertes, señor Sabino –sugirió Lorenzo-.

- No chango, eso es imposible, somos los más pobres, los peor alimentados y los más chatos y delgaduchos. No, lo somos porque lo hemos sido siempre, porque desde que los conquistadores nos quemaron el recuerdo con pólvora y espadas, en el Cerro Rico todos hemos sido mineros. Hace siglos, a la jornada se la llamaba *mita*, y nosotros éramos los *mitayos*. La mita consistía en trabajar veinte horas aquí abajo y descansar otras cuatro, también en las cuevas. La mayoría de lo *mitayos* morían a los seis meses, y por eso empezaron a rebelarse contra los españoles. Los *mitayos* querían salir a la superficie, ver el sol, que el viento azotase sus oscuros semblantes y besar los pies de Jesucristo otra vez. Los españoles entonces construyeron una estatua de Satanás en cada bocamina. Cogieron a los *mitayos* y les dijeron que este era el dios de los infiernos, donde ellos debían trabajar, y que si no le agraciaban este les enterraría aquí dentro, lejos de su familia y lejos de

donde Dios pueda encontrarles. Los *mitayos*, que hablaban el quechua, le llamaron Dios, pero como no sabían pronunciar la *d*, lo dejaron en Tío, *El Tío*.

“Por eso es tan sincero con nosotros. Este diablo nos recuerda cada día que nuestra vida carece de tan poco sentido aquí abajo, que no podemos encontrar respuesta en la esperanza de Jesús, sino en la resignación de *El Tío*. Llevamos cuatrocientos años en una guerra sin cuartel contra *La Montaña*, nosotros la roemos, la quemamos y la vaciamos desde dentro, pero ella se defiende; ella nos lo hace pagar muy caro. ¿Sabes cuántas vidas ha devorado este titán grana?”.

- No sé, señor Sabino, no sabría decirle, el que fue a la escuela es mi hermanito, yo nunca supe de cuentas. Pero díganoslo, por favor, señor Sabino –dijo mi hermano, intrigado-.

- Ocho millones de cuerpos descansan en las faldas del Cerro Rico –cierto es que yo sabía más de cuentas que mi hermano, pero ambos nos quedamos igual. A partir de los millares perdíamos la noción del volumen, y seguramente el señor Sabino se dio percató de ello- ¡Ocho millones! Eso es la población de nuestra Bolivia. ¿Y para qué changos? Ocho millones de mártires que han dado su vida por hundir este cíclope ¿para qué? Para nada -Sobrevino un breve silencio y cambió el ritmo, parecía que la energía con la que nos había estado hablando antes se había esfumado de repente- para nada. No, no hay utilidad. Nuestra bella plata ha adornado los cuellos y los dedos de los europeos, nuestro estaño contiene las refrescantes *cocacolas*, y nuestro litio compone la batería de todos cacharros eléctricos del Occidente. Pero es aquí donde deben dejar de contar. No hay plata, no hay estaño, ni litio para los bolivianos, no hay carreteras, no hay comunicaciones, no hay derechos, no hay comida, no hay agua potable; no hay vida para nosotros.

- Señor Sabino, mi padre nos decía que desde que las minas de Bolivia funcionan por cooperativas, somos independientes. Que los beneficios de esto ya no son robados por los yanquis.

- Mira chango, yo fui sindicalista minero durante más de ocho años, estuve al frente de los levantamientos y las huelgas. ¿Sabe? Nos trataban mal (aunque no mucho peor que ahora, y entonces no había tantos changos aquí abajo), pero éramos muchos más y más afiliados. Conseguimos enormes regalías ¡Hasta expulsar a los mercaderes del templo y gestionar nosotros mismo la mina! Las cooperativas mejoraron nuestra vida grande, pero no se tardó el revertir la política.

El FMI y el Banco Mundial, agentes yanquis, entraron en el gobierno y con sus pólizas pusieron a funcionar de nuevo el sistema. Las cooperativas serían las encargadas de la extracción, pero ellas debían adaptarse a los caprichosos precios de la bolsa de Londres. No se piensen que son unas vendidas, siguen estando gestionadas por nosotros, pero nadita pueden hacer contra los imperios del norte. Las cooperativas persiguen nuestros intereses, y uno de ellos es que los mineros no nos muramos de hambre. Aquí en *La Montaña*, o abajo en la ciudad todos sabemos lo que es dormir con el estomago vacío o no tener agua potable. Pero sin la mina sería nuestro fin. Es trágico ¿no? El cerro rojo es nuestra condena, nos hace pequeños, infelices, enfermos crónicos y malnutridos; pero la verdad es que si no lo tuviésemos sería aún peor.

“El mundo sigue funcionando como siempre, es más diría que peor. La *Glencore*, sigue dirigiendo indirectamente esta mina. Su logo sigue siendo el rostro del capataz, el del hambre, el de la silicosis, el del la explotación, el del trabajo infantil y el del colonialismo. Aglomera el gran mercado y financia a sus competidores. Goza de una gran influencia sobre el precio del grano, de los minerales y demás materias primas. Aquí en el Potosí pocas diferencias podríamos encontrar entre las encomiendas españolas de antes y las multinacionales suizas de hoy”.

Sabino terminó su arenga bruscamente. Parecía que hubiese repetido lo mismo muchas veces y a muchas gentes. Parecía conocer tan afinadamente la realidad que podía ofuscarse, indignarse y cabrearse con ella.

Todos somos mineros, y todos sabemos que nuestras vidas son el resultado de un mundo mal organizado. Pero son pocos los que siendo conscientes de ser víctimas, saben quién es el victimario; pueden poner nombres y apellidos, pueden reconocer los hilos que unen la miseria y la opulencia, encontrar las razones y descubrir las culpas de aquello que nos hace vivir sufriendo.

- Señor Sabino, yo no sabía nada de esas cosas que usted nos cuenta –dije devolviéndole esa confianza que el anciano ya había depositado en nosotros-.

- Supongo que es lo usual Pascualín, no tenemos manera de enterarnos de cosas de más afuera. Tampoco creo que a ellos les guste que nosotros sepamos que por nuestras desgracias ellos viven alujados. Por eso ustedes no deberían estar aquí. Esto es una gran tumba para ancianos mustios como nosotros, ustedes deben estar allá afuera, en la ciudad, en la escuela, aprendiendo cómo funciona la naturaleza y los hombres. De hecho, tómense la larga conversación de hoy como una lección y a mí como un maestro –dijo antes de soltar una sonora carcajada- ya me gustaría a mí serlo. Aún así creo que sólo por hoy les dejo ¡No! ¿Qué digo? Les obligo a volver a casa y reflexionen sobre lo que les he dicho. Toma Pascualín, llévale a tu mamá esta veta, dile que la conseguiste con tu primera perforación –sacó de su bolsillo un pedazo de roca del tamaño de mi mano infantil, en la que la depositó, acompañándola de un guiño cómplice-.

- Señor Sabino, para mí ha sido el mejor maestro que he visto en mi vida –le dijo mi hermano, que tan analfabeto como la mayoría de los bolivianos, no se equivocaba en reconocerle la sabiduría a este anciano-

. Pero yo debería terminar la perforación que dejé hecha en la *chingana* ¿no cree?

- Está bien Lorenzo, como ya te dije antes, yo no soy jefe de nadie. ¿Y tú chango quieres que te acompañe a la bocamina?

- Yo debería ayudar a mi hermano con la *tronadora* –dije dubitativo ante ese repentino reparto de caminos-.

- No hace falta Pascualín. ¿Por qué no vas a ver a mamá y le cuentas lo mucho que aprendiste con el señor Sabino?

- Está bien, marchó con mamá.

- Bien, te llevaré por un camino más corto que por el que vinisteis antes –Sabino recogió su botella de chicha, cogió su saquito de coca, dejó dos hojas en el altar de *El Tío* y se puso el casco.

- Bueno, Pascualín, yo saldré en unas horas, nos veremos después hermanito –me dijo antes de meterse un acullico en la boca-. Hasta ahora señor Sabino.

- Adiós Lorenzo.

El atajo de Sabino acabo siendo más corto, pero también más complicado y estrecho, lo que complicó que el sensato minero siguiera narrándome esas impresiones que ya no dejaban de rondarme la cabeza. Salimos de la bocamina con el sol retirándose a su lejana guarida tras las montañas infinitas del oeste. Sabino posó su mano sobre mi hombro y decidió concluir nuestro encuentro.

- Los Incas creían que el dios sol tras atravesar el cielo por el día, se sumergía en el océano y lo secaba un poquito. Por la noche seguía su ciclo por debajo de la tierra hasta volver a aparecer al día siguiente por el oriente. Pero un día se enfadó por cómo se portaban los hombres entre



ellos y formó un eclipse –Tras una pausa, se agachó y me miró a los ojos- Recuerda que nada es para siempre. Que hayamos vivido así durante siglos no significa que sea natural nuestra forma de vivir, no significa que esto duré eternamente. Y, como el sol inca, a nosotros nos va tocando la hora de hacer un eclipse –dijo esto y se marchó de vuelta a su labor en el inframundo.

Bajé las irregulares colinas de esa hambrienta *Montaña* pensando las palabras de Sabino, intentando descifrar esas últimas frases que había dedicado a mi despedida. Progresivamente mis divagaciones se fueron difuminando con el espectáculo que tenía frente a mí. El crepúsculo potosino podía, sin embargo, mezclarse en una armónica belleza con todas las reflexiones que rondaban mi mente.

Cuando llegaba a casa vi a mamá salir. Nuestro hogar era una pequeña choza de piedras con un tejado de chapa de una sola estancia. Olía a papas rellenas, una cena deliciosa, que con toda seguridad mamá habría hecho por la ocasión especial de ser nuestro primer día en Candelaria.

Mamá vestía como ya lo había hecho su mamá antes, y la mamá de esta antes que ella. Una falda acampanada en su parte baja bordada con flores. La parte superior del vestido era negra con decoración vegetal, al igual que el manto que acompañaba a sus brazos tras de su espalda, con muchos dibujos y temas naturales. Por último, sobre sus gastadas orejas pendían dos aros; y sobre su cabeza se levantaba su *vincha*, el gorro andino.

- Pascualín ¿Dónde dejaste a tu hermano? ¿Y cómo que saliste tan temprano? ¿Pasó algo?

Le expliqué a mi madre que Lorenzo se había quedado en la *chingana*. Mientras cenábamos le conté lo que nos había dicho el señor Sabino. Mi madre me dijo que no hiciese tanto caso a esos mineros

locos, que *La Montaña* siempre ha devorado a los hombres, y eso no se puede cambiar.

Tras la cena, salí afuera a contemplar el ocaso definitivo. Había sido un día especial, Sabino me había dicho muchas cosas que merecían el suficiente tiempo para ser digeridas. Mi madre no creía que esas cosas que me dijo el viejo minero fueran posibles. No es que no tuviese esperanza en cambiar, es que no entendía otra cosa diferente de la que se podía vivir, por tanto para qué íbamos a cambiar lo que nunca ha sido cambiado. Empezaba a vislumbrar el significado de las palabras de Sabino. Ese lejano vaticinio del eclipse era una bella metáfora, que con todas sus ambigüedades representaba un ideal. ¡Eso era! Ideales, eso es lo que Sabino no había dejado de repetirnos toda esta jornada, eran sus ideales los que alimentaban sus arengas. Un alma tan despierta y tan ávida como *La Montaña* a la que trituraba, era lo que movía a ese cuerpo tan deshecho; lo que hacía de su amargura, una sonrisa para todo aquel que tuviese capacidad para imaginar más allá de las barrenas y las *chinganas*. Eran, en cambio, falta de ideales también lo que hacían que mi madre negase cualquier alternativa a la mina, cualquier rol diferente a la doble esclavitud a la que estaba sometida, eran falta de ideales lo que le hacían sumergirse en el letargo de la tradición y en una quietud eterna.

Los brazos de ese sol inmortal se agarraban a los picos, mientras sus últimos destellos alimentaban ese poblado tan inerte pero a la vez tan vivo. Permanecí durante una hora sumido en mis pensamientos, acompasándolos con la espera. La espera de que la luna iluminase las cándidas torres que crecían entre el mar de tejas, y la espera de que los *hombres azules* terminasen otra jornada más, otro día vivos.

Los quechuas fuimos el pueblo de la música y el color y adornamos con ellas los bosques y las montañas. Hoy no es así, y me hace dudar de que algún día lo fuera. Hoy somos un pueblo huérfano, habitante de un mundo corrupto que pudrió nuestra alegría en ocres infinitos. Ocres son las llanuras y los desiertos, ocres son las montañas

y las rocas, ocres las mesetas y los arbustos que crecen, ocres nuestras casas y tejados, ocres los animales que recordamos, ocre es la tierra de Bolivia, ocres son las prendas que vestimos y las pieles que curtimos, ocres los barro que adoramos, ocre el aire que respiramos, ocres nuestros corazones; ocre es nuestra sabiduría y ocres son nuestros olvidos.

Esa noche *La Montaña* no escupió a los barrenadores de la Candelaria. Esa noche prefirió llevárselos con ella.

*El Tío* se pegó un gran banquete, dieciocho almas perpetuadas en sus infiernos. Dieciocho almas convocadas a sus tenebrosos tribunales. Ahora saldarían cuentas.

De un plumazo dieciocho menos. Dieciocho potosinos en una noche no es lo normal, pero no es extraordinario. Todos mineros, pero ninguno igual. De un plumazo la juventud y el amor de mi hermano desaparecieron de la faz del recuerdo; y la sabiduría de Sabino se volatilizó cuando esa cochambrosa madera cedió al peso de todo el Cerro.

Nadie nace ni muere esclavo, sin embargo, tanto los de allá muy lejos como los de acá, nos empeñamos en asumir ciertas realidades, ciertas situaciones como perpetuas y naturales. En mi vida, que fue más larga que la de Lorenzo pero más corta que la de Sabino, me he obcecado en creer ciertas cosas. No creo que la muerte de dieciocho personas una noche pueda caer en el saco de la normalidad y de la tradición. No puedo creer que esto se pueda fosilizar durante más siglos. No puedo entender ya nuestras vidas sino como cortas tragedias consecutivas. No puedo seguir viendo el ocre de nuestro pueblo sin soltar una lágrima. Pero por encima de todo no puedo llamar accidentes a esos dieciocho, y tanto más, asesinatos.